

que practican. Habría que convertir el voluntariado en un desempeño habitual de todos los ciudadanos e incorporarlo en todos los niveles educativos. La autora sugiere con mucha habilidad una serie de ideas para hacer del voluntariado un medio de formación y humanización de las personas. Descubre sus fisuras, sus equívocos, y propone vías para mejorarlo. En síntesis, hace pensar.■

AURORA BERNAL

---

## Re003

---

### Pensar la sociedad. Una iniciación a la sociología

---

Alfredo Rodríguez Sedano, Ciro Parra Moreno, Francisco Altarejos Masota  
2ª edición, Eunsa, Pamplona, 2002,  
229 pp.

---

**E**sta obra no es una simple introducción a la sociología, si entendemos por tal un elenco de los aportes más interesantes realizados por los diversos autores que a lo largo de la historia se han dedicado al estudio de la sociedad. Tampoco se limita a dar una visión de lo que hoy día se entiende por sociología. Todo ello forma parte de los contenidos de este libro, pero la intención de los autores va más allá: se trata de pensar la sociedad, es decir, de invitar al lector a enfrentarse con la realidad social cara a cara. Para ello pueden resultar útiles tanto el enfoque histórico como el sistemático, pero

éstos tendrán una función propedeútica de cara a un estudio de lo social crítico y libre de prejuicios. Se trata de reconocer lo que hay de válido en la herencia de los autores que nos han precedido y en los planteamientos actuales, pero sin encerrarnos en ellos.

La sociedad no es una realidad meramente accidental, accesoria y superpuesta a los individuos, como algo sobrevenido a un supuesto “estado de naturaleza”. Las personas nacen en sociedad, y sólo en ella pueden realizar de forma plena aquello a lo que el hombre está llamado desde un principio, es decir, la humanización del yo y del mundo que le rodea. La sociedad no es un mal menor. A este respecto, resulta gráfica la frase con que da comienzo el prólogo de la primera edición: “la sociedad es para el hombre lo que el agua para los peces”. Al igual que un pez sólo puede llegar a desarrollarse como tal dentro del agua –y salvando las distancias propias de toda metáfora– el hombre sólo puede alcanzar sus propios fines sin aislarse de la sociedad, en el trato con los demás, y sin hacer tábula rasa del legado cultural de que participa. En otras palabras, no hay vida verdaderamente humana sin vida social. Sin embargo, hemos de evitar a la vez que esta consideración nos lleve a reducir la persona a la dimensión social del hombre. El peligro de disolver al individuo en la comunidad con poca frecuencia amenaza con eclipsar un estudio adecuado del hombre en cuanto ser social. Y es que el orden social es manifestación del despliegue personal, y no al revés.

---

**163** ESE N°3 2002

---

**RECENSIONES**

EL MAL SAMARITANO. EL  
ALTRUISMO EN TIEMPOS DE  
ESCEPTICISMO

El primer capítulo –que los autores consideran clave para la correcta interpretación del libro– es una reflexión sobre el objeto, fines y posibles enfoques que puede adoptar el saber sociológico. El estudio de los grandes autores nos introduce en ese complejo mundo de la conducta y la acción social, para evidenciar que ese aparente saber de lo social que todos poseemos es insuficiente de cara a un estudio riguroso de esta temática. Por otro lado, estarían quienes habiendo estudiado sociología –o cualquier otra ciencia humana– creen poseer ya las claves radicales para la comprensión de la acción humana. No basta con la erudición, con el conocimiento de las teorías y problemas planteados por otros autores. A unos por defecto y a otros por exceso se les escapa la esencia misma de aquello hacia lo que orientan su interés. Sólo el estudio ponderado y riguroso de los hechos y las opiniones vertidas sobre ellos puede erigirse en una eficaz ayuda para conjurar ambos males.

Los autores de este estudio manifiestan que el mismo remite tanto a la observación de los hechos como a la consideración de su origen. Es un hecho, a menudo no suficientemente puesto de relieve, que las estadísticas sociológicas de hoy parecen obviar este segundo punto. Así, no resulta extraño que la información que nos llega a través de algunos medios de comunicación se limite a decir que “en el grupo social X, se da el fenómeno Y”. No se trata de restar validez a estos datos –aunque a veces contienen errores (otro asunto a tratar sería la

inferencia de predicciones a partir de tales datos, que a menudo, aún partiendo de una información correcta, se aventura a sacar conclusiones que van más allá de lo que esa información fáctica puede permitir)–; pero si no se ofrece una explicación complementaria del porqué, el conocimiento de tales datos queda colgando del vacío racional. Este limitarse al conocimiento de los meros hechos dificulta el desarrollo de hábitos de conocimiento que nos lleven a una más profunda comprensión de lo que aparece ante nuestra mirada. Es muy sugerente el comentario de cierto humorista traído a colación por los autores; comentario surgido a raíz de la idea de que el ajedrez es un juego que ayuda poderosamente a desarrollar la inteligencia. Añadía: “por supuesto, que ayuda a desarrollar la inteligencia... la inteligencia que se necesita para jugar al ajedrez” (p. 217).

La vía metódica de no limitarse a observar hechos, sino acceder a una comprensión más aguda indagando el origen de los mismos, abre muchas y fecundas posibilidades para el saber sociológico. Centrar éste en la mera descripción de los hechos, por pormenorizada que sea, resulta estéril a la postre y engendra más confusión de la habida inicialmente, aquélla que nos movió a realizar la investigación. Es la exploración de esa vía lo que quizá represente una de las aportaciones más interesantes del presente libro.

Los autores destacan cómo la ambición desmesurada de certeza se une con frecuencia a otro

elemento configurador de la sociología ya desde sus primeros pasos: la esperanza de mejorar la sociedad. Este anhelo fue parte intrínseca del ideal de progreso que alentó la cultura del siglo XIX y, de manera especial, el espíritu científico que sin embargo ha devenido en cientificismo. Los intelectuales a que nos referimos pretendieron encontrar y formular las supuestas leyes propias de la sociología, ya que estimaban que el conocimiento de esas leyes podía obrar de modo *quasi*-infalible en el perfeccionamiento social. La pretensión de comprender y explicar lo social por lo social, de reivindicar la autonomía de los fenómenos sociales, iba encaminada a liberar a la sociología de contaminaciones de tipo psicologista, biologicista, etc. Pero enseguida surge una dicotomía de difícil reconciliación (el dualismo entre individuo y sociedad). Y es que si se procede a incluir al ser humano como una parte inserta en un todo, el todo social, que además posee unas leyes autónomas sin vías de reconciliación con la voluntad, el hombre es entonces considerado como mero individuo y como mero sujeto, mas no como persona. Lo que cuenta entonces en la investigación sociológica son las estructuras históricas de la sociedad que puedan ofrecer una imagen global de su dinámica propia.

Este punto de partida marcará los estudios de los así llamados “padres de la sociología”. Pero las primeras explicaciones se irán revelando insatisfactorias por la creciente complejidad que

muestran las estructuras sociales a cada paso, complejidad que es principalmente fruto del entreveramiento de las mismas en la acción social. Así, desde Saint-Simon, pasando por Weber, hasta las actuales teorías funcionalistas, conflictivas e interaccionistas, cada una se empeña de algún modo en superar las doctrinas sociológicas que las preceden, ya que los nuevos estudiosos perciben siempre en ellas un déficit teórico en la explicación de la dinámica social. No obstante, las inspiraciones de fondo van pasando de unas a otras, no sin ser sometidas a la crítica, y así se va abriendo un surco que permitirá el progreso en la comprensión de la sociedad, tanto por sus aciertos como por sus errores.

Saint-Simon forjó algunos conceptos llamados a perdurar en el análisis sociológico, como es el de clase social; además, formuló algunas preguntas básicas, enraizadas en la idea de progreso y en el análisis de la naciente sociedad industrial, que serán material de reflexión de los teóricos posteriores. En el que fuera su secretario, Augusto Comte, aparecen los que serán considerados como principios lógicos de la nueva ciencia. Pero junto a esta herencia, legará una noción de sociedad como una realidad externa al individuo, regida por leyes ajenas a él, y con un desarrollo evolutivo en el cual poco espacio queda para adscribir un papel activo a los “agentes” humanos en la dinámica social. Además, Comte establecerá el positivismo como el marco epistemológico *propio* y *único* de la

**RECENSIONES**PENSAR LA SOCIEDAD. UNA  
INICIACIÓN A LA  
SOCIOLOGÍA

sociología. A pesar de ello, hay que reconocerle el mérito de haber afrontado sin temor la interconexión de los fenómenos sociales y su efecto de fondo en la dinámica social.

Herbert Spencer, por su parte, intentará consolidar el saber sociológico por medio de una visión evolucionista de conjunto del proceso de formación y desarrollo de las sociedades. La aplicación de conceptos propios de la biología le lleva a concebir la sociedad como un macroorganismo vivo –visión organicista–; pero su mérito reside en que logra llamar la atención sobre la dimensión temporal –dinámica social– atendiendo a los posibles antecedentes históricos de una comunidad y a los efectos de las otras sobre ella para explicar su estado presente –interconexión de diversas comunidades–.

La visión evolutiva y organicista se repite en Karl Marx. Marx considera que la fuerza motriz principal de la sociedad es la economía. Junto a ello, asigna a la sociedad un fin –determinado *a priori*– en su transformación perfecta: la llamada sociedad sin clases. Su idea de que teoría y práctica han de ir inseparablemente unidas le lleva a entender la sociología como un medio que, mediante una fundamentación pretendidamente científica, sirviera a la revolución. Así, el afán de mejorar la sociedad común a todos los sociólogos anteriores, en este pensador conduce a definir los objetivos de la sociología en función de las necesidades prácticas de esa mejora social, necesidades que, sin

embargo –y no podía ser de otra forma–, obedecen a un marco teórico bien concreto. De manera análoga a como Spencer aplica unas categorías extrínsecas a la misma sociedad para su estudio, Marx recoge la dialéctica hegeliana como un instrumento teórico idóneo de cara a los fines que se propone, sólo que invirtiendo los contenidos: allá donde Hegel hablaba de Espíritu Absoluto, Marx coloca el término “materia” en un intento de dotar de realidad a esa teoría (lo que resulta paradójico es la ambigüedad que acompaña al concepto mismo de materia en Marx).

La llamada “segunda generación” de sociólogos –de los que sobresalen Durkheim y Weber– está presidida por una preocupación más concreta y decisiva: lograr la cohesión social. Un creciente relativismo moral, unido a la disparidad de doctrinas sociológicas, parecía tornar teóricamente imposible esta tarea. Ambas temáticas están presentes en los sociólogos del siglo XX, por lo que el retorno a los planteamientos de Durkheim y de Weber ha sido una constante en las reflexiones teóricas, encaminadas a refundar una sociología científica, y en las intenciones prácticas, puestas en el intento de fomentar la solidaridad social.

La teoría de Emile Durkheim tiene su punto de partida en el estudio de las diversas formas de solidaridad y los distintos tipos de sociedad que de ellas resultan. Llega a establecer conceptos sólidos que aún tienen vigencia en la comprensión sociológica:

“solidaridad mecánica” *vs* “solidaridad orgánica” (cuyo antecedente teórico es una dicotomía elaborada por Tönnies), “procesos de segmentación” y “procesos de diferenciación”, “conciencia colectiva” y “anomia”. En un contexto pedagógico como el nuestro, la consideración de las teorías de Durkheim es además especialmente pertinente, dado su interés y dedicación a los temas relacionados con la educación desde la perspectiva sociológica. Sus escritos sobre educación son una interesante y sugestiva fuente de reflexiones, eso sí, sin abandonarnos a una consideración acrítica, ya que el cientificismo y el positivismo siguen operando en sus planteamientos.

Con Max Weber se inicia lo que será una nueva etapa en la investigación sociológica; a este respecto, no me parece demasiado descaminada la afirmación –que podemos encontrar en gran número de tratados y manuales de historia de la sociología– de que hay una época preweberiana y otra postweberiana. En efecto, con su consideración de la acción social parece desterrar definitivamente el determinismo de las leyes y estructuras sociales, y en sus planteamientos podemos reconocer la idea de que las decisiones del agente libre son las únicas causas reales del dinamismo social. El medio social es condición, pero nunca causa de la acción humana –en mi opinión, habría que decir que *condiciona pero no determina*–. Esto puede ser visto como un reconocimiento implícito de la libertad personal como principio operativo del

agente y, por lo tanto, como elemento conformador de la acción social; de esta manera, se podría decir que Weber admite una cierta incertidumbre en el conocimiento sociológico. En cualquier caso, sus “tipos ideales” constituyen un instrumento teórico válido para abordar el estudio de la realidad social. Bien es verdad que no tienen una correspondencia literal con esa realidad, pero el reconocimiento explícito de esto por parte de nuestro autor nos lleva a considerar que tenía conocimiento de la complejidad de lo social y de la imposibilidad de abarcarlo con categorías teóricas rígidas. Por tanto, realiza su trabajo desde unos conceptos un tanto ficticios, nacidos de la observación de la realidad pero que no se identifican con ella, y que tienen la ventaja de aportar claridad a nuestros planteamientos, frente a la confusión que resultaría de intentar describir la realidad tal cual se nos presenta. Su impronta en la metodología y epistemología de las ciencias sociales actuales es innegable; pero no ha podido escapar de un proceso de complejificación creciente en las investigaciones. De ahí, concluyen los autores de este libro, que las actuales corrientes sociológicas, al tiempo que reconocen el valor de la aportación weberiana, deben trascenderla.

Los autores consideran que donde parece haber más estabilidad en el saber sociológico es en el área metodológica. Los procedimientos metódicos empleados parecen hallarse suficientemente contrastados y

**RECENSIONES**

PENSAR LA SOCIEDAD. UNA  
INICIACIÓN A LA  
SOCIOLOGÍA

validados, y sobre ellos no se dan discusiones relevantes, sino que sólo se afinan aspectos de detalle.

No obstante, en tiempos recientes se ha abierto una polémica que ha crecido hasta el presente: la de los métodos cuantitativos *versus* métodos cualitativos. Entre éstos destaca el de la investigación-acción (*action-research*) –hay quienes consideran que es un tercer paradigma aparte–, que se orienta a promover una mejora de la sociedad mediante la mejora inicial de los grupos sociales. No es una pretensión de reforma social global, como quisieron los padres de la sociología de primera y segunda generación; pero se está mostrando eficaz a nivel microsociológico. El rechazo de esta concepción en los sociólogos formales o de oficio, nos dicen los autores, se basa en la observancia ciega de unas reglas epistemológicas consagradas, lo cual no es sino otra manifestación del rígido cientificismo positivista, y no de un genuino espíritu científico más atento a la realidad y siempre abierto a nuevas posibilidades del conocimiento igualmente rigurosas, coherentes y veraces.

Esta polémica es indicio, entre otras cosas, de la tensión presente en el estudio actual de la sociedad. Orientar los esfuerzos hacia un futuro fecundo y prometedor es uno de los objetivos de este libro: no sólo conocer tal cual los fenómenos y estructuras sociales; también puede resultar fructífero *pensar la sociedad*. ■

ANTONIO A. MOYA GARCÍA-MONTOTO

---

## Rf003

---

### La educación intercultural

---

Martine Abdallah-Pretceille  
Idea Books, Barcelona, 2001, 100 pp.

---

**E**l libro consta de dos partes: la primera es una descripción a grandes rasgos de la situación en la que se encuentran conceptos tales como cultura, multiculturalismo e interculturalidad, así como sus características, límites que encierra, ambigüedades, etc. La segunda parte del libro se centra más en la educación intercultural dando una visión general en el primer capítulo y concretando después al exponer la situación en los países de tendencia francófona.

Abdallah-Pretceille comienza con una pequeña introducción en la que destaca, y razón no le falta, que la diversidad cultural y el pluralismo no son algo reciente sino que la novedad está en cómo se está actualizando ahora la situación de diversidad y pluralidad de culturas.

Destaca y desarrolla cómo ha evolucionado el concepto de cultura. La cultura ya no se considera algo estático, como una estructura, sino que lo que se enfatiza ahora es su dinamismo, que es algo cambiante y complejo. El individuo –considerado como sujeto libre y actor– es el que se encarga de crear comportamientos y actitudes para adaptarse a las necesidades actuales, y así crea cultura. A consecuencia de la democratización de las sociedades,